

y se va por el camino
soñando un Jesús de nieve.
En la noche, anochecida,
por el establo se mete;
crudas tinieblas ahonda
su palosanto luciente.
Auroras de susto rasgan
cuatro pupilas de bueyes,
a repentinas quejumbres
que en el establo se enciende
como sembrando las sombras
de clavellinas ardientes.
Ella no tendrá aureola
ni tampoco tendrá reyes;
la virgen de palosanto
tiene su Jesús de nieve.

Y para ver el prodigio,
por su limonar se mueven
ordeñadores de plata
que lucen, como presente,
la camaza de la luna
está rebosando leche.

La nota delicada no falta en este poeta de Venezuela. *Zapatitos de lluvia*, *La nave inútil*, *Justicia de Rey y Sol de las cinco de la tarde* dicen de su temperamento y de su clara orientación artística.

Su *Elegía a una locomotora*, sin novedad de imágenes y débil de forma, es el único lunar de importancia en este hermosísimo volumen de poemas.—C. P. S.

BIOGRAFIA

NIETZCHE, por *Stefan Zweig*.

Se ha hecho una traducción española de uno de los más admirables estudios psicológicos de Zweig: el consagrado Fredric Nietzsche. Zweig es más conocido por su profundo estudio de Fouché con ser éste menos considerable que su libro sobre Tolstoy del cual sólo algunos es-

tudiosos tienen noticia. Zweig ha revolucionado los métodos históricos en el estudio de sus personajes. No se contenta con citar o clasificar los hechos, conforme a los sistemas antiguos, que muchos mantienen todavía a despecho del progreso en semejantes estudios. Zweig trata de explicar esos hechos mediante un profundo estudio de la psicología individual, enfocando los aspectos débiles o vigorosos de su personalidad a fin de mostrar el fondo de la vida interior. Por eso cada una de sus biografías, hechas con el criterio moderno que quiere hacer de cada uno de estos autores un psico-historiador, tienen gran semejanza con las novelas psicológicas. Animan el personaje, iluminándolo, desde el fondo o por detrás de su forma humana, con el haz luminoso de la comprensión e interpretación.

Zweig ha sido llamado «el cazador de alma>s. Quienes hayan seguido su labor literaria comprenderán mejor esta denominación tan certera. Aun cuando sus novelas—con ser tan vivas—no responden al tipo exacto de la novela, o al molde que de este género se tiene, hay, no obstante, en ellas vigorosos estudios de almas. Zweig tiene predilección por las crisis pasionales—por las almas desvastadas por furiosas tormentas de amor. Posee una dinámica psicológica en extremo original; resuelve grandes conflictos en un corto espacio de tiempo. Le apasionan los casos psicológicos, las tragedias palpitantes de fuerza sensual, que se desarrollan en forma tumultuosa, en lo más oscuro

del corazón humano. Del mismo modo que en la novela—y bastarían a probarlo sus obras ya célebres en este género, *Veinticuatro horas de la vida de una mujer*, *La Confusión de los sentimientos Amock*,—Zweig no se detiene en minucias cuando se interna en la vida y en la obra de los autores que analiza. Reconstruye la época no sólo en sus formas psicológicas más vivas; penetra también en el mundo moral y filosófico del autor, crea una atmósfera vital de maravillosa concreción, ahonda en la substancia de la obra política o literaria y yergue ante el lector a un personaje de auténtica y poderosa vida.

Al definir al novelista, Zweig ha fijado las normas del método para lo psicológico y la posición que le corresponde como creador de humanidad. Dice: «el novelista modela con sus manos todo un cosmos; al lado del mundo terrenal levanta un mundo propio, con leyes propias de gravitación, con criaturas propias y un manto propio de estrellas sobre sus frentes; sabe imprimir a cada figura, a cada suceso, un ser tan genuino que no sólo les da relieve típico en su mundo sino que los impone, con fuerza plástica penetrante, al mundo real, obligándonos a tomar su nombre para subrayar hechos y personas. El novelista estatuye, en el mundo de sus criaturas, una ley de vida, crea una idea de la vida, con armonía tal, que el mundo recibe por él una forma nueva».

En este ensayo de Nietzsche hay no sólo la tragedia del hombre solitario, sino además el estudio del

medio sobre el cual gravita la poderosa figura del filósofo alemán, La tragedia de Nietzsche para Zweig es un monodrama. En todos los actos de su tragedia este luchador, está siempre solo, «bajo el cielo de su destino tempestuoso». Las figuras que le acompañan, cuando comienza su existencia de luchador, caminan tras él en la penumbra, sintiendo en todo momento el estupor que les causa. Se alejan sobrecogidos como ante un oscuro peligro, porque en Nietzsche no hay sino el círculo del delirio dentro del que él solo puede caminar. «Nietzsche—escribe Zweig en síntesis—habla siempre solo, lucha solo, sufre solo. A nadie dirige la palabra y nadie le responde. Y lo que es aun más terrible, nadie le escucha».

Pero todavía existe en la vida filosófica de Nietzsche un aspecto aun más trágico, que Zweig recalca con la elocuencia de su estilo cálido y sanguíneo: es la soledad impenetrable como una campana de barro bajo la que el solitario esconde su arrogante tristeza. Mientras la Alemania nueva vibra y trepida en sus ferrovías, en sus telégrafos, en las crisis y en los tumultos del pueblo, en los cuarenta mil volúmenes que las prensas arrojan cada año, en el hervor de sus Universidades, en la fiebre de sus teatros y de sus centros de placer, nadie piensa y al parecer a nadie conmueve el drama formidable del espíritu de Nietzsche que se desenvuelve en lo más íntimo de su soledad. Es entonces cuando Nietzsche, hostigado por la indiferencia, por el abandono de sus amigos, hace estallar el silbante látigo

de su estilo dionisiaco y la soberbia de sus paradojas y de sus encendidas ideas. El hombre torturado ha descubierto por fin el secreto para hacerse oír. Y desde hace años, se le oye como quizá nunca pudo imaginarlo en los días en que solo, y entristecido hablaba para sí mismo. Es un bello libro el de Zweig y admirable por la fuerza con que está presentado Nietzsche. — *Domingo Melfi*.

SIN BRUJULA

ENSAYO SOBRE LA REALIDAD CHILENA, por *Domingo Melfi*.

El de Domingo Melfi no es caso frecuente en nuestro medio intelectual, tan mezquino, tan estrecho en sus miras, tan falto de comprensión y generosidad; medio sórdido en el que muy pocos pueden destacarse hoy con noble relieve. Sin embargo, en él han florecido algunos espíritus selectos, unos cuantos hombres de visión clara, con exacto sentido de nuestra realidad y de su ubicación respecto a la realidad americana y mundial. Esos hombres, perseguidos por las dictaduras militares o civiles de tracción derechista, empuñan la llave maestra del devenir. Son los veladores y los pregoneros del gran día futuro. Hay en la obra de esos precursores, que realizan heroico apostolado en medio de la incomprensión y de la agresividad burguesas, como un claror de alba...

Detengámonos en Melfi. Artista por temperamento, con sol romano en las espaldas de su raza; pensador;

erudito, hombre de discusión, de penetración, orientado en el camino del socialismo después de análisis prolongado, de larga escrutación del panorama mundial y de sus reflejos en nuestro triste panorama criollo. Comenzó su vida literaria en Talca y por sus calles sombreadas de árboles hermosos y por sus almas sumidas en letargo provinciano paseó las inquietudes de un espíritu buscador. Tuvo, como era natural, su torre de arte en compañía de esos dos nobles poetas que se llaman Jorge González Bastías y Gerónimo Lagos Lisboa, cuya obra cuenta entre lo mejor de la poética americana de hoy. Pero el estudio y la reflexión prolongada, que no suelen detenerse largamente en las cosas de arte puro, lo empujaron pronto al campo de la crítica literaria y del ensayo, al de las meditaciones políticas, tan esenciales en quienes intenten comprender nuestro tiempo. Melfi fué director de periódico, polemista, crítico.

La metrópoli, en que se concentran casi todos los esfuerzos de la lucha ideológica, no tardó en atraerlo. Y abandonó la provincia con un sólido cartel literario.

Redicado en Saniiago, la Universidad de Concepción lo designó para dirigir «Atenea» semanario que en sus manos había de adquirir prestigios de gran publicación. Desde sus columnas y en «El Mercurio»—en «La Nación» más tarde—ejerció crítica levantada, con verdadero sentido del arte y de la medida, con ponderación de hombre sano y caudal de notable cultura literaria. Tales valores lo consagraron